

JOVELLANOS, GASPAR MELCHOR DE (1744-1811)

VARIEDAD

ODA I

En la muerte de doña Engracia Olavide

(Oda Sáfica
Al capitán don José de Ávila)

Mientras cubierto el beaciense suelo
de triste luto, la eternal ausencia
siente de Filis, y las fuentes claras
lloran su muerte;

mientras al cielo sus dolientes voces
tristes envían las graciosas ninfas,
que con su llanto la urna transparente
del Betis hinchén;

mientras al son de rancos instrumentos
van entonando lúgubres endechas
los pastorcillos que los verdes prados
de Úbeda cruzan;

ven tú, Lisardo, y con veloces plantas
huye ligero del funesto clima
que a la divina, a la inocente Filis
causó la muerte.

Huye, y contigo del letal recinto
súbito arranca al dolorido Fabio,
que aún la sombra y las cenizas frías
de Filis adora.

¡Guar!, que al influjo de maligna estrella
no quede expuesto el huérfano inocente;
sálvale, salva, y en tu seno, amigo,
sácale oculto.

¡Ah!, no permitas que al horrendo triunfo
otros agreguen los funestos hados,

ni que la Parca más ilustres almas
destierre al Orco.

¡Oh cruda muerte! ¡Cómo en un instante
de la más bella y adorable ninfa
todas las gracias, los encantos todos
vuelves en humo!

La que atraía con su dulce canto
del aire vago a las canoras aves,
y los feroces brutos extraía
de sus cavernas;

cuyo sonoro penetrante acento
daba sentido a los peñascos duros,
y detenía en su corriente rauda
fuentes y ríos,

¿dónde se ha ido? ¿Cómo no resuenan
en los amenos carolíneos valles
sus peregrinos melodiosos ecos
dulcisonantes?

Cuando, a la excelsa Venus semejante,
salía al campo, los humildes chopos,
el olmo erguido y los ancianos robles
se le inclinaban.

Donde estampaba con airoso impulso
la breve huella su fecunda planta,
allí a porfía mil galanas flores
luego brotaban.

En otro tiempo ¡oh triste remembranza!
tú mismo viste los marianos montes
al dulce encanto de su voz alegres
y conmovidos.

Di, ¿no te acuerdas cuando señalaba
su blanca mano con devotos signos
sobre la arena del futuro pueblo
todo el recinto;

cuando miraba del cimientito humilde
salir erguido el majestuoso templo,
el ancho foro, y del facundo Elpino

la insigne casa;

cuando al anciano documentos graves
daba, y al joven prevenciones blandas,
y a las matronas y a las pastorcillas
santos ejemplos;

cuando sus lares consagraba pía,
cuando sus fueros repetía humana,
cuando ayudaba en la civil faena
al sabio Elpino;

o cuando, envuelta en celo religioso,
su voz enviaba del augusto templo
votos profundos, reverentes himnos
al Dios eterno?

Cuando... mas huye, huye presuroso;
huye, Lisardo, del fatal recinto;
huye con todos, y haz que humana planta
más no le oprima.

Otra vez sea hórrido desierto,
de incultas fieras solamente hollado,
donde de Filis vague solamente
la flébil sombra.

Huye, pero antes a la tumba fría,
do ella descansa, llega reverente,
y allí con puntas de diamante eternas
graba estas voces:

«De Filis un tiempo la presencia hermosa
era delicia de este suelo ingrato;
hoy es su afrenta el sueño sempiterno
de sus cenizas».

ODA II

*Al nacimiento de don Antonio María de Castilla y Velasco, primogénito de los
Marqueses de Caltojar*

¿Adónde estoy? ¿Qué fuego
es éste que mi pecho y mente inflama?

¿Quién atiza esta llama,
que turba mi razón y mi sosiego?
¿Qué espíritu halagüeño
mi musa arranca del pasado sueño?

Mándame un numen santo
que tome al punto la sonante lira;
para un ignoto canto
al agitado pecho aliento inspira,
y con fuego elocuente
inflama los espacios de mi mente.
¿Y a quién, oh lira mía,
debes encaminar el alto acento?
¿Dónde de tu armonía
el objeto se halla? ¿El firmamento
le encierra acaso? ¿Habita en el profundo,
o se oculta en los ámbitos del mundo?

Mas tú serás mi guía
santa Naturaleza, pues afable
presentas a la hinchada mente mía
el objeto más tierno, más amable,
de más delicias lleno,
que el sabio Autor depositó en tu seno.

El tronco derivado
del real augusto tronco de Castilla,
al noble y sin mancilla
tronco de los Velascos enlazado,
germina, reflorece,
y nuevos frutos a la tierra ofrece.

Un bello infante nace,
de mil generaciones claro anuncio:
en él un pueblo entero se complace.
Ven, deseado nuncio
del gozo y paz que nos ofrece el cielo,
ven a alegrar el hispalense suelo.

¡Oh cuánta dicha, cuánta
anuncia este suceso venturoso!
Musa mía, levanta
el vuelo perezoso;
canta, y rompiendo al tiempo el seno obscuro,
revela los arcanos del futuro.

Sobre las nubes veo
una turba de héroes congregados.
Se ofrecen al deseo
sacerdotes, guerreros, magistrados,
cuya virtud se mira ejercitada
en la toga, en la mitra y en la espada.

En sus semblantes luce
una modesta y noble compostura:
la Verdad majestuosa
les da su amor, los guía y los conduce
a una virtud incorruptible y pura.
¡Oh sucesión dichosa,
al bien de los mortales consagrada,
cuánto serás en otra edad loada!

¡Estos son los altivos
descendientes del tronco de Castilla,
dignos de fama y de inmortal renombre!
Los siglos sucesivos
verán sobre los muros de Sevilla
los bustos erigidos a su nombre,
y de su fama el eco peregrino
oír el turco, el perüano, el chino.

Un delicado infante,
más que el lucero matutino hermoso,
y como el sol brillante,
preside a todo el escuadrón glorioso;
sobre su tierna frente ¡oh maravilla!
impreso miro el nombre de Castilla.

Su ilustre padre al lado,
lleno de majestad y de alegría,
del honor y el valor acompañado,
los tiernos pasos del infante guía;
le dirige, y presenta a su memoria
los templos del honor y de la gloria.

Y tú, admirable madre
de tan claros varones, cuyo seno
concha fue del tesoro más precioso;
tú, que el nombre de padre,
nombre de gloria y de ternura lleno,
entre susto y dolor diste a tu esposo;
tú, de modestia y de candor dechado,

gloria y honor del sexo delicado;

también tú en el congreso,
de tantos descendientes rodeada,
estabas arrullando al tierno infante.
Tú eras de tantos héroes embeleso,
de gracias y virtudes coronada,
a la estrella de Venus semejante,
o cual se ve la Aurora en el oriente,
viva, graciosa, clara y refulgente.

¡Oh venturoso amigo.
cuántos previene el cielo a tus virtudes
altos y soberanos galardones!
Ven, registra conmigo
la faz del tiempo y sus vicisitudes:
en la suerte de todas las naciones
descubrirás la tuya... Mira... Atiende;
sigue mi voz... Mas ¿quién mi voz suspende?

Mándanme ya que calle,
y una mano invisible
corta a mi musa el temerario vuelo.
Mortales que habitáis en este valle
de confusión, estirpe corruptible,
que de males y horror henchís el suelo,
vosotros no sois dignos
de penetrar arcanos tan divinos.

EL PARAÍSO PERDIDO

Primer canto

(Traducido del inglés por Jovino)

Canta la inobediencia ¡oh santa musa!
del padre de los hombres, que gustando
de la vedada planta el mortal fruto,
trajo al mundo la muerte y la miseria;
y dí de las moradas venturosas
de Edén la triste pérdida, negadas
a la raza mortal, hasta que plugo
al HombreDios bajar a recobrarlas;
y ora en silencio ocupes la alta cumbre

de Oreb o Sinaí, de do inspirastes
al gitano pastor, que a la escogida
gente enseñó después cómo al principio
del hondo Caos salieron cielo y tierra;
ora el alto Sión más te deleite,
y el río Siloé, que cabe el santo
oráculo de Dios fluye en silencio;
baja de allá a guiar mi peligroso
canto, que se alza sobre el monte Aonio,
mientras, de ti ayudado, emprende cosas
hasta hora en prosa o rima no cantadas.
Y Tú, divino Espirtu, a quien más place
que los augustos templos la morada
de un puro y recto corazón, instruye
con ciencia divinal mi torpe lengua.
Tú, que desde el principio fuiste a todo
presente, y cobijando el ancho abismo
so tus inmensas alas, con activo
prolífico calor le fecundaste,
ven, y eleva mi voz, y lo que es débil
en mí sostén, y limpia y ilumina
lo inmundo y tenebroso, porque pueda
subir de un vuelo al encumbrado asunto,
justificar la eterna Providencia
de Dios, y abrir al hombre sus caminos.
Pero primero di, pues nada esconden
de tu vista los cielos ni las hondas
cavernas del infierno, di qué causa
indujo a nuestros padres, en tan llena
bienandanza nascidos, a que ingratos
a su Hacedor, violasen el precepto,
el único precepto que, al hacerles
dueños del Paraíso, les pusiera.
A tal traición ¿quién los llevó engañados?
El dragón infernal, cuya malicia,
de negra invidia y de venganza armada,
engañó a la gran madre de los hombres,
poco después que fuera con sus haces
de espíritus rebeldes de la clara
región del cielo echado. Allí soberbio,
en su partido y fuerzas confiado,
sobre toda criatura alzarse quiso,
y aun presumió que, opuesto, igualaría
al Altísimo en gloria. Así, ambicioso,
contra el reino de Dios y su alta silla
enarboló el pendón, y tocó al arma

en los celestes campos; pero hallóse
burlado en sus intentos, porque armado
de santa ira el brazo omnipotente,
le derrocó del alto firmamento,
con horrísono estruendo y gran ruina,
precipitado hasta el inmenso abismo,
do el que insultó, atrevido, al Poderoso
yace agora en cadenas de diamante
preso, y a eterno fuego condenado.

Nueve veces el tiempo que en el mundo
mide la duración de noche y día
corriera, y otro tanto, con sus fuertes
batallones, anduvo el fiero jefe
en un lago de llamas revolcado;
revolcado, vencido y confundido,
aunque inmortal. Pero a mayor venganza
le guardaba su suerte, porque agora
de las pasadas dichas y el presente
eterno mal le aflige la memoria.
En derredor de sí sus tristes ojos,
do profunda ambición y caimiento
con odio amargo y pertinaz orgullo
brillan mezclados, vuelve y en un punto
con perspicacia angélica su suerte
penetra de una vez; su triste, horrenda,
desesperada suerte. A todas partes
ve un hondo calabozo y un inmenso
horno, con negras llamas encendido,
a cuya escasa luz pudiera apenas
descubrirse aquel reino pavoroso,
región de horror y espanto, de medrosas
furias y sombras habitada, y donde
nunca el reposo ni la paz moraron,
ni la dulce esperanza, cuyo influjo
a todas partes llega, alcanzar pudo;
mas en vez de ella, afligen de continuo
un tormento sin fin y un mar de fuego
de inextinguible azufre alimentado.

Tal es la habitación y horrible cárcel
que preparara la justicia eterna
a los rebeldes ángeles; en ella
señaló su mansión, tres veces tanto
como del alto polo el centro dista,
apartada de Dios y su alto trono.

¡Ah, cuán desemejante de la clara
región de donde fueran despeñados!
En un diluvio de impetuoso fuego
y negros torbellinos sepultados,
vio el dragón a los socios de su ruina,
y junto revolcándose al que en brío
casi y en impiedad le emparejaba,
aquél que con el tiempo en Palestina
se llamó Beelcebub. A él de esta arte
habló el archienemigo en el Empíreo
Satán después nombrado, su silencio
con tan fieras razones quebrantando:
«¿No eres tú aquél...? Mas ¡ay, a cuál bajura
caído! ¡Cuál mudado del que un día
allá en los reinos de la luz brillaba
con resplandor y gloria transparente
entre todos los ángeles! ¿No eres
el que en valor y heroicos pensamientos
igual casi conmigo, en la gloriosa
facción siguió brioso mis banderas,
compañero del riesgo y la esperanza?
¡Ay! agora nos hizo la desdicha
pares en la ruina. ¡A qué profunda
sima, de cuál altura hemos caído!
¡Tanto pudo del Todopoderoso
el trueno destructor!... ¡Ah! ¿quién probara
el poder de sus armas hasta entonces?
Mas las armas, ni los fieros males
que el vencedor en su ira nos reserva,
arrepentir me harán, ni de mi pecho,
aunque de tanta gloria despojado,
borrar podrá jamás la cruel memoria
de la pasada injuria, de la injuria
hecha al mérito nuestro, que grabada
altamente en mi alma contra el sumo
ofensor encendió la cruda guerra
y horrenda conmoción que de su lado
tantos espirtus apartó, que altivos
mi estandarte siguieron, y oponiendo
nuestro unido poder al poder suyo,
por los llanos del cielo, en lid dudosa,
hicimos vacilar su santo trono.
Por fin, se perdió el campo. Mas ¿qué importa?
No todo se perdió, que inconquistable
dura nuestro albedrío y odio eterno,

y de venganza el íntimo deseo,
su valor inflexible a los reveses
del caso o de la fuerza. No; tal gloria,
la ira del vencedor ni su soberbia
jamás de mí tendrán, ni nunca espere
ver que, acatando su deidad, postrado
y lleno de rubor, su gracia implora
el que antes hizo con heroico brazo
indecisa la suerte de su imperio;
que abatimiento tal más doloroso
y más infame fuera que el desaire
de la pasada ruina. Y pues no puede
ni la sustancia celestial ni el brío
perecer de los dioses, y más cautos
la experiencia os hará, ¡sus!, declaremos,
de mejor suerte y gloria esperanzados,
guerra al gran enemigo, eterna guerra,
por fuerza y por astucia peleada
contra el duro opresor, que agora triunfa
desvanecido y sin rival impera,
sólo, tirano del inmenso cielo».

Así el ángel infiel, mientras el despecho
roía sus entrañas, se jactaba;
y así su compañero le responde:
«¡Oh príncipe, oh caudillo de las altas
potestades del cielo, que, guiando
con tu falange numerosa al choque
los bravos serafines, fuiste asombro
con altos hechos del Empíreo, y diste
susto al eterno Rey, y disputaste
la excelsa primacía, que la fuerza
y fortuna tal vez le adjudicaron!
Por demás siento el caso lastimoso
de la pasada rota, que con mengua
nos arrancó del cielo, derribando
nuestro brillante ejército a este abismo,
do yace destruido, cuanto pueden
ser las sustancias puras destruidas.
Empero vive el ánimo invencible,
y aunque ofuscada la nativa gloria
y todo nuestro bien, en este hondo
piélago de miserias anegado,
el antiguo vigor renacer siento.
Mas ¡ay!, si el Vencedor omnipotente
que tal le creo, pues vencernos pudo

conserva astuto la nativa fuerza
de nuestro espíritu, solo para hacernos
resentir más y más los crueles males
que su implacable ira nos prepara;
o si, pues la ley dura de la guerra
nos hizo esclavos suyos, quiere sólo
que cual esclavos viles le sirvamos
en este horrible infierno, ejecutores
por la honda escuridad, de sus designios,
¿de qué nos sirve, di, sentir sin mengua
nuestro angélico brío, o del ser nuestro
la eterna duración, eterna sólo
para sufrir sin fin eternos males?»

A esto Satán así responde al punto:
«Caído querubín, mostrar flaqueza
en la prosperidad o en la desgracia
cosa es indigna de tu ser. No pienses
que podrá el bien de las acciones nuestras
ser objeto jamás. El mal solamente
lo puede ser; el mal, tan odioso
de la alta Voluntad que resistimos.
Y pues de nuestro mal su Providencia
sacar pretende el bien, sea nuestro empeño
que del bien mismo el mal resulte, y esta,
esta gloria, que, o miente mi esperanza
o será muy colmada, nos consuele;
la gloria de afligirle, conturbarle
y trastornar sus íntimos designios.
Vámosle ufano refrenar la saña
de los ministros de su injusta ira
que airados nos cargaban, y a las puertas
los obligó a volver del alto cielo.
Una lluvia de azufre tempestuosa,
que arrojó tras nosotros, cerró el paso
a esta honda cueva, en que de allá caímos.
Ya ni la luz medrosa del relámpago
deslumbra en el infierno, ni resuena
por su hueca extensión del trueno horrendo
el retumbante son. Agotó acaso
toda su furia en la cruel venganza.
«Mas, ya nos dé tan no esperada tregua
harta su saña, o altivo su desprecio,
no la desperdiciemos. Mira a aquella
parte un desierto y solitario llano,
triste mansión de horror, do escasamente

llega el medroso y pálido reflejo
que esta lúgubre llama de sí envía.
Guiemos allá el paso, y retirados
de este golfo de fuego, allí busquemos,
si le hay, algún reposo. Nuestra tropa
dispersa reunamos, y arbitremos
por qué medios de hoy más del enemigo
turbaremos la gloria, o la que tristes
perdimos cobraremos, o por cuáles
nuestro destino mitigarse pueda;
qué alivio en fin nos muestra la esperanza
o a qué extremo el despecho nos arroja».

Así Satán a Belcebub le hablaba,
y mientras en su semblante, levantado
sobre la onda, los ojos centellantes
relucían, el resto de su cuerpo,
monstruosamente grande, en el ardiente
golfo tendido a una y otra parte
ocupaba, flotando, un trecho inmenso;
tal cual las viejas fábulas nos pintan
a los monstruosos hijos de la Tierra,
que hicieron guerra a Jove, Briareo,
y el que su nombre al antro dio Tifonio;
o como Leviatán, el más enorme
habitador del piélago profundo;
tal vez un navichuelo por el Bóreas
hacia los mares de Noruega echado,
en tenebrosa noche allí le topa
rendido a torpe sueño, y el piloto
tal en el puerto cuenta a sus amigos
azorado y creyéndole una isla,
en su escamosa piel aferra el ancla,
guarecido tras él del viento insano.
La noche en tanto asombra el mar, y lenta
vuelve con tardos pasos la mañana.
Tan grande el archidiablo y tan enorme
parecía tendido sobre el golfo
de fuego, y nunca de él salido hubiera,
ni su altanera frente levantado,
si el gran Rector del cielo, a cuyo ceño
los destinos se humillan, libre rienda
dado no hubiese a su maligna astucia,
para que mientras el mal ajeno busca
con repetidos crímenes incauto
labre su propia perdición, y vea

que sus designios pérfidos del alta
bondad de Dios sacar pudieron sólo
gracia y misericordia para el hombre,
engañado por él, ira y venganza
y eterna confusión para sí mismo.
De repente levanta sobre el lago
su gigante estatura. A un lado y otro
las llamas rechazadas, en undosos
remolinos se rompen y retiran,
y descubren en medio un ancho valle.
Entonces él con extendidas alas
emprendió el alto vuelo sobre el aire,
que gimió al peso insólito pendiente,
y travesando el gran vacío oscuro,
posó en la seca tierra, si tal nombre
convenir puede al suelo que arde siempre
con inflamado azufre y fuego sólido,
como con llamas flúidas el lago.
Tal parecía en su candente forma
como tal vez de fuerza soterraña
el choque arranca un cerro del Peloro,
o de la étnea tronadora cumbre,
en cuya entraña hechida de inflamable
materia prende el fuego y agitado
hierve con furia mineral; revienta
violento al aire libre, y la comarca
de humo se cubre y de betún ardiente,
tal era el suelo do asentó la planta
el protervo Satán. En pos le sigue
Belcebub, necios presumiendo entrambos
haber la estigia cárcel escalado
por su antigua virtud, cual altos dioses,
y sin que otro mayor lo consintiese.

«¿Es aquéste el país?, exclamó entonces
el fiero Arcángel, ¿la región es ésta
a do lanzados desde el alto Empíreo
venimos a morar? ¿A esta medrosa
oscuridad, del alma luz del cielo?
Sí lo será, que así mandarlo plugo
al tirano que hoy triunfa; sea en buen hora.
Vivamos lejos de su vista, libres,
ya que, a pesar de la razón, la fuerza
le juzgó superior a sus iguales.
Adiós, dichosos campos, donde siempre
moran el alma paz y la alegría.

¡Salve, horrible mansión! ¡Infierno, salve!
¡Y tú profundo abismo, abre tu seno
al nuevo habitador, cuyos designios
jamás el tiempo mudarán ni el hado!
Él vivirá en sí mismo, y con su gloria
del infierno hará cielo. Si uno siempre
es su ser inmutable, nada importa
que mude de lugar, que estará en todos
sobre toda criatura, inferior sólo
a uno a quien el trueno hace más grande.
En este reino oscuro, do la invidia
no llegará del Todopoderoso,
viviremos al menos sin el susto
de ser más desterrados. Reinaremos
independientes, y reinar es siempre
noble ambición, aun en el hondo abismo,
y mejor suerte que la vergonzosa
servidumbre del cielo. ¿Por qué causa
dejamos, pues, que los amigos fieles,
de nuestro riesgo y ruina compañeros,
yagan sumidos en el hondo lago,
y de mortal asombro poseídos?
¿Por qué no los llamamos a que gocen
también su parte en este suelo infame,
o para que, de nuevo reunidas
nuestras fuerzas, probemos si se puede
algo del cielo aún reconquistado,
o si algo más perdido en el infierno?»

Esto dijo Satán, y tal respuesta
le diera Belcebú: «Noble caudillo
de aquel brillante ejército, que sólo
vencer pudiera el brazo omnipotente,
si ellos oyen tu voz, la más segura
prenda de su esperanza en los peligros,
tantas veces oída en más extremos
casos, y en el conflicto arduo y dudoso
de la cruel batalla en los asaltos,
y en todo trance su señal segura,
tú los verás volver con nuevo aliento
al antiguo vigor. Que no es extraño
que dende el alto cielo a este hondo abismo
caídos, yagan hora cual nosotros
poco ha, de horror y asombro penetrados»

Apenas acabó, cuando a la orilla

el fiero capitán se fue acercando.
De temple celestial, ancho y macizo,
era el redondo escudo que pendía
de sus robustos hombros, semejante
en su circunferencia al orbe lleno
de la luna, mirado por la tarde
a través de algún óptico instrumento.
Tal cual con firme vista, desde lo alto
de Fesol, o en Valdarno, le observaba
el inventor etrusco, y descubría
tierras, ríos y montes en su globo.
El más gigante pino de Noruega,
en los montes cortado para mástil
de una grande almiranta, un junco leve
sería, comparado con la lanza
en que apoyaba sus molestos pasos
(no cuales en el cielo dio algún día)
por la inflamada arena, mientras el ígneo
muro y la ardiente bóveda le herían
con fuego abrasador por todas partes.
Empero él lo sufría, y procediendo
hasta el vecino golfo, allí parado
llamó a sus tercios de ángeles, que yacen
rendidos al terror y agonizantes
sobre la herviente onda, tan espesos
como las secas hojas que al otoño
cubren de Valumbrosa las corrientes,
de los frondosos árboles caídas;
o como cuando Orión con turbulento
soplo azota las playas eritreas
nadan sobre las ondas las livianas
algas, sobre las ondas que sorbieron
un día a Faraón con su robusta
caballería de Menfis, cuando airados
las rescatadas tribus perseguían,
mientras seguras, de la opuesta orilla
vieron ellas hundirse sus jinetes,
yelmos, banderas, carros y caballos;
tan espesos cubrieron los rebeldes
espíritus el lago, al fiero asombro
de la mudanza súbita rendidos.

Llamólos, pues, y a la gran voz los huecos
senos del hondo infierno resonaron:
«Príncipes, potentados y guerreros,
flor del cielo, antes nuestro y ya perdido;

pues qué, ¿pudo infundirse en inmortales
espíritus tal pasmo? Por ventura
después del duro afán de la batalla,
¿pensáis hallar aquí sueño y reposo
cual si estuvierais en el blando cielo?
¿O es que así prosternados heis jurado
dar culto al vencedor, que hora se goza
en ver desde su trono a tantos fuertes
querubines y excelsos serafines
en este golfo hundidos, con sus rotas
armas y sus banderas revolcados,
mientras que de las puertas eternas
caen sobre nosotros sus ministros
prontísimos, del fuerte rayo armados
y el aterrante trueno, y os traspasan
con más crueles heridas, y al más hondo
fondón de aquesta cueva os precipitan?
¡Sus!, despertá o quedá por siempre hundidos».

Oyéronle, y al punto avergonzados
volaron hacia arriba, y como suele
una guardia tal vez en torpe sueño
por su mayor tomada, a la tremenda
voz correr presta al arma y darse prisa,
no bien despierta aún, así los diablos,
que ni el horrendo pozo en que cayeron,
ni los fieros tormentos, ocupados
del terror, percibieron. Mas con todo
la voz del general obedecieron
innumerables. Tal, en el mal día
de Egipto, apenas hubo al alto cielo
tendido la su vara portentosa
Moisés, cuando he aquí que dende oriente
una muy densa nube de langostas
viene, cubriendo el aire, y sobre el reino
del duro Faraón se extiende negra,
como la noche, del fecundo Nilo
las dilatadas playas asombrando.

Tan sin número entonces parecían
los ángeles precitos, so la ardiente
copa revolteando del infierno,
de tres voraces fuegos, alto, bajo
y lateral, en torno acometidos;
hasta que su lanzón Satán moviendo,
señaló el sitio do posar debían;

y ellos en ala igual bajaron prontos
al sulfúreo terreno, hinchando el llano.
Jamás tal muchedumbre el populoso
norte arrojó de su escarchado seno,
cuando sus hijos bárbaros, pasando
el Danubio o el Rin, como un diluvio
inundaron el sur, y hasta las playas
de la arenosa Libia se extendieron.
Desde cada escuadrón y tercio al punto
los jefes destacados vienen prontos
de su gran comandante a la presencia,
semidioses en aire y estatura,
de formas sobrehumanas; personajes
de real dignidad, que allá en el cielo
antes en altos tronos se asentaran,
bien que hoy en los registros eternos
no se halla ya memoria de sus nombres,
para siempre borrados y raídos,
por su traición, del libro de la vida.
Ni entre los hijos de Eva otros tuvieron
hasta mucho después, que sobre el mundo
por alta permisión de Dios vagando,
para probar al hombre, corrompieron
con fraudes y mentiras muy gran parte
de la raza mortal. Los desviaron
del Dios que los criara, hasta que torpe
mente trocando su invisible gloria
en la imagen de un bruto, muchas veces
erigieron en dioses los demonios,
y entre oro y pompa y ceremonias vanas,
les dieron torpe culto, varios nombres,
después ídolos varios los hicieron
en el mundo gentil más conocidos.

Nómbrales, musa, tú; di quién primero,
y quién al fin, el sueño sacudiendo,
subió del negro lago a la llamada
del gran Emperador; cuáles más dignos
se hallaron, di, de estar cabe él situados
en la desierta playa, mientras queda
lejos en pos la turba indistinguida.
Salieron ante todos desde el hondo
abismo al ancho mundo los que, hambrientos,
de estragos y miserias, luego osaron
sus asientos fijar cabe el asiento
del Señor, levantando sus altares

a par del altar suyo, y adorados
en derredor de las naciones necias
cual dioses, insultaron atrevidos
al santo Jehová, que reciamente
tronaba allá en Sión, su faz velada
entre los querubines. ¡Cuántas veces
fue la abominación tan consumada,
que en el santuario mismo colocaron
sus armas, y oponiendo sus tinieblas
al resplandor y gloria inmarcesibles,
con torpes ceremonias las solemnes
fiestas y el santo rito profanaron!

Fije el primero Moloc, monarca horrendo,
en la sangre de víctimas humanas
y en paternales lágrimas bañado,
por más que de atambores y timbales
el rumor estruendoso confundiese
el nunca oído grito de los tiernos
hijuelos, por el fuego devorante
a su horroroso ídolo arrastrados.
Allá en Rabba y sus llanos aguanosos
le adoró el ammonita, hasta do corren
por Argob y Basán de Arnón las aguas.
Ni se hartó su altivez con esta gloria;
antes del más sapiente de los hombres
corrompió el corazón, y con engaños
hizo que el viejo Salomón le alzara
sobre el monte de Oprobio un alto templo,
frente al templo de Dios, y que por bosque
le consagrara el antes deleitoso
valle de Hennón, Tofet después llamado,
y negro Gehemna, imagen del infierno.

Camos viene tras él, terror inmundo
del moabita, de Aroer a Nebo,
y hasta el austral desierto de Abarimo,
por Hesebón y Horonaim, dominios
del rey Seón, y aún más allá de Sibma,
de sus viñedos y floridos valles,
desde Eleale al lago de Asphaltite.
So el nombre de Fegor también sedujo
a Israel en Sitim, a su partida
del Nilo, y logró de él obscenos ritos,
después con duros males castigados.
Mas todavía sus orgías torpes

extendió al monte infame, cabe el bosque
de Hennón, juntando el odio a la lujuria,
hasta que el buen Josías, con ardiente
celo, los arrojó de allí al infierno.

Tras éstos parecieron los que dende
la cofinante onda del Eufrates
hasta el arroyo que divide a Siria
de la egipciana tierra, so los nombres
de Baalim y Astarot, aquéste de hembra
y de varón aquél, fueron servidos;
que es dado a los espirtus cualquier sexo
tomar que les agrade, o los dos juntos;
tan simple y desleída es su natura,
no trabada con nervios, ni en el frágil
apoyo de los huesos sustentada,
cual nuestro deleznable y torpe cuerpo;
sino en cualquiera forma que les place,
grave o sutil, oscura o transparente,
prosiguen sus designios, y sus obras,
ora de amor o enemistad, completan.
Muchas veces por éstos se olvidara
Israel de su Dios, y abandonando,
infiel, su altar, hincara la rodilla
a otros brutales e impotentes dioses.
Por eso fue humillado en las batallas,
y del Señor dejado a que cayese
despojo vil del enemigo alfanje.

También vino Astoret en esta tropa,
a quien Astarte los fenicios llaman,
reina del cielo, de crecientes cuernos,
a cuya clara imagen en las noches
de luna sus canciones y plegarias
las sidonias doncellas dirigían;
y hasta en Sión sus himnos resonaron
sobre el monte de Escándalo, en el templo
que aquel rey muliebroso le ensalzara,
cuyo gran corazón al culto inmundo
cayó de vanos dioses, por la astucia
de sus idolatresas enlabiado.

En pos vino Tamud, de quien la herida
atraía cada año a la alta cumbre
del Líbano las vírgenes sirianas,
a plañir tiernas todo un día estuvo

su desventura con devoto llanto;
mientras que el dulce Adonis, desprendido
de su nativa roca, la purpúrea
corriente enviaba al mar, teñido en sangre
de Tamud, según dicen, añalmente.
Igual lamento hicieron con la torpe
fábula, ilusas, de Sión las hijas,
cuyas livianas lágrimas rociando
los umbrales del templo vio en su rapto
Ezequiel, cuando puesta ante sus ojos
le fue ¡oh Judá! tu negra idolatría.

Aquél vino después, que gran tormento
sintió cuando cautiva el arca santa
mutiló la su imagen, derribando
allá en su mismo templo sobre el polvo,
sin brazos ni cabeza, el tronco horrible,
afrenta de su culto y sacerdotes.
Llamáronle Dagón, monstruo marino,
hombre del medio arriba, el resto pece.
Tuvo, empero, en Azot también su templo
temido por la costa palestina,
en Gath, en Asealón, y en las fronteras
de Acarón y de Gaza. Y a él seguía
Rimmón, que tuvo asiento allá en Damasco,
en la fecunda y deleitosa orilla
de Abana y Fáfár, transparentes ríos.
Rival también de Dios y de su templo,
si perdió a un rey leproso, otro (su necio
conquistador Acaz) vino a su culto,
y derribó en su obsequio el altar santo.
poniendo en su lugar otro erigido
a la siriana moda, do quemase
vergonzosas ofrendas, adorando
los mismos dioses que vencido hubiera.

Detrás venía innumerable turba,
por diferentes nombres distinguida,
de no reciente fama: Osiris, Isis,
Horo y su comitiva, que con formas
espantables y extrañas brujerías
al fanático Egipto embaucaron,
y aun a sus sacerdotes, que buscaban
sus dioses vagabundos, en figuras
de animalías torpes escondidos.
También dañó a Israel el mal contagio,

cuando adoró en Oreb sus arracadas,
por el arte fusoria convertidas
en un becerro de oro, cuya culpa
dobló en Bethel y en Dan el rey protervo
que contrahizo su Dios, y en vez del santo
Jehová, quemó incienso a un buey rumiante.
Por eso, oh Egipto, en una triste noche
fueron tus primogénitos despojo,
y tus balantes dioses, de su ira.

Belial vino por fin, que igual del cielo
ningún más torpe espíritu cayera,
ni que más suciamente el vicio amase.
No tuvo templo alzado, ni humo nunca
de altar suyo subió. Más ¡ay!, ¿quién tiene
culto mayor en templos y en altares,
cuando niegan a Dios sus sacerdotes,
cual los hijos de Elí, que el santo templo
con lujuria y violencia profanaron?
Reina también en cortes y palacios
y en las ciudades, de torpeza asiento,
donde del alboroto y las injurias
sube el rumor sobre las altas torres,
cuando a la sombra de la noche negra
salen los hijos de Belial, de orgullo
y vino henchidos, a rondar sus calles.
Testígüenlo las tuyas, oh Sodoma,
y las de Gabaá, do sin respeto
a la hospitalidad fue escarnecida
la dueña de Bethel, cuyo alto ultraje
libró de otro más torpe a su velado.

Estos eran en orden los primeros,
y en brío. Los demás eran sin cuento
y largos de expresar, aunque famosos
dioses, a quienes de Jabán, los hijos
adoraron en Jonia, más recientes
empero, que sus padres cielo y tierra:
Titán el primogénito, y su enorme
familia, de la herencia por Saturno,
bien que hermano menor, desposeídos,
aunque el hijo tonante justo pago
le dio, usurpando el usurpado cetro;
primero en Ida y Creta conocidos,
después también sobre la cana cumbre
del viejo Olimpo, el aire de la media

región reglando su más alto cielo;
o ya en la cima délfica en Dodona
y por la tierra dórica y sus lindes;
o en fin, do aquel que con Saturno el viejo
por el mar de Adria a los hesperios campos
fue, y de los celtas travesando el golfo,
logró subir a sus lejanas islas.

Todos estos y más vinieron juntos,
y aunque abatidos, tristes y en silencio.
todavía en sus ojos un oscuro
vislumbre de contento aparecía
de ver al jefe altivo esperanzado.
y así en la perdición aún no perdidos.
Él entonces seguro, y recobrando
la sólita soberbia, con muy graves
razones, aunque vanas de sentido,
reparó su temor, y gentilmente
desterró de sus pechos el desmayo.
Luego mandó que fuese prontamente,
al son de las trompetas y clarines,
el tremendo estandarte enarbolado.
Tocárale esta gloria por derecho
a Azazel, querubín de alta estatura,
el cual al punto la imperial insignia
desdobló del bruñido astil, y en alto
la enarbolando, al viento tremolada,
brilló como un meteoro refulgente,
con el oro y rubíes, que expresaban
en rica bordadura los trofeos
y blasones querúbicos. En tanto
sonaron los marciales instrumentos,
y todas las legiones respondieran
con un muy alto grito, a que los hondos
cóncavos del infierno retemblaron,
y aun se sintió de fuera el tenebroso
reino del Caos y la anciana noche.
Otras diez mil banderas al momento,
por el oscuro aire tremoladas,
mostraron sus colores orientales,
a cuya luz se vido un bosque espeso
de picas, de bruñidos capacetes,
y escudos muchos fuertemente unidos,
que el formidable ejército ostentaban.

Al punto en ordenados batallones

se pone en marcha la tremenda hueste,
al son de dulces flautas y de pífanos,
al tono dorio y pausas acordados;
tono que en otro tiempo el noble pecho
de los antiguos héroes encendía
en los combates, no con rabia inútil,
sino con reflexible y firme aliento,
despreciador del susto y de la muerte;
tono grave y solemne, que inspiraba
tranquilos pensamientos, arrojando
de los mortales o inmortales pechos
la angustia, el duelo, el susto y el quebranto.

Así marchaba, unida y animosa,
la falange de espirtus en silencio,
y al dulce son de las acordes flautas
la ardiente arena alegres discurrían;
hasta que ya avanzados se pararon,
mostrando un ancho frente formidable
con las feroces relumbrantes armas;
y cual las huestes del heroico tiempo,
con lanzas y paveses muy cerrados,
esperaban la voz del gran caudillo.
Entonces él por las armadas filas
tendió la experta vista, y travesando
rápido los inmensos batallones,
vio el orden de los suyos, sus semblantes,
su aire y estatura, cual de dioses;
al fin sumó su número, y henchido
su corazón entonces de soberbia,
se glorió en su poder vano y protervo,
porque jamás desde su infancia el mundo
viera ejército tal, ni comparados
con él los más famosos, parecieran
otro que cual la enana infantería
que lidia con las grullas, aunque a un tiempo
se ayuntasen la prole gigantea
de Flegra y los heroicos escuadrones
que lidiaron en Teba y Troya en uno
revueltos con sus dioses auxiliares;
los que ensalza y describe el fabuloso
cuento de Artús seguido de sus fuertes
caballeros britanos y bretones;
los que después, ya infieles, ya cristianos,
en Montalván justaron o Aspremonte,
en Marruecos, Damasco o Trebisonda;

y los que, en fin, Biserta envió de África
cuando allá Carlomagno y los sus pares
fueron en Roncesvalles derrotados.
¡Tanto dista el ejército tartáreo
de las mortales fuerzas! Todavía
guardaban sujeción al gran caudillo.

Él, entre los demás sobresaliendo
en aire y gentileza, estaba erguido
como una torre, ni del todo hubiera
su lustre original perdido, y gloria;
antes como un arcángel relucía,
con luz, empero, y esplendor menguados.
Tal al romper el día el sol naciente
lanza al través de niebla matutina
su luz remisa, o tras la luna oculto
en pardo eclipse, a la mitad espanta
de las naciones crédulas, y anuncia
ruinas y susto a los medrosos reyes;
así, aunque escurecido todavía,
entre todos brillaba el alto arcángel.
Del rayo celestial las cicatrices
señalaban profundas su semblante,
y los fieros cuidados le anublaban;
empero heroico aliento y concentrada
soberbia a la venganza siempre pronta
anunciaba su ceño, aunque feroces
todavía en sus ojos parecían
gran lástima y crüel remordimiento,
al ver de su traición los compañeros,
o más bien los secuaces (¡cuán distintos
de lo que un tiempo fueran!) condenados
también con él, a pena perdurable.
Mil millones de espirtus por su culpa
arrojados del cielo, de la eterna
lumbre inmortal por su traición privados,
y fieles a su alianza, aunque perdido
su nativo esplendor. Así de fuego
del cielo heridos los montanos robres,
o los pinos de un bosque, aunque desnudos
de su frondosa copa, y chamuscados
sobre el marchito suelo, todavía
duran erguidos los eternos troncos.

Dispuesto a razonar, hace que al punto
plieguen las dobles filas de ala a ala;

luego en medio sus grandes le tomaron.

Tres veces quiso hablar, y tres las lágrimas,
cual verter puede un ángel, a sus ojos,
a pesar de su orgullo, se asomaron.
Por fin rompió, y mezcladas con suspiros
hallaron su camino estas palabras:
«¡Oh ejército de espirtus inmortales,
héroes sin par! ¡Oh al Todopoderoso
solmente comparables! Nuestra empresa
no tuvo infame fin, aunque esta horrible
prisión y tan acerba y espantosa
mudanza, el triste caso testifiquen.
Mas ¿qué penetración, qué agudo ingenio,
por más que diestro combinar supiese
lo presente y pasado, adivinara
que un tal poder, tan grande y tan unido
como el que aquí miramos, cedería
vencido y rechazado? Y ¿quién, no obstante,
aun después de tal rota, habrá que dude
que estas fuertes legiones, cuya ruina
tiene vacío el cielo, reanimadas
podrán con nuevo ardor subir de un vuelo
a recobrar sus tronos primitivos?
En cuanto a mí, testigos sean los altos
moradores del cielo, si dudoso
en la resolución o en los peligros
cobarde, malogré vuestra esperanza;
pero el supremo Rey, que hasta aquel día
ocupara su trono muy seguro,
sólo en su antigua posesión fundado,
o en la opinión y tolerancia nuestra,
descubriendo la gloria majestuosa
de su real dignidad, mantuvo oculto
el lleno de sus fuerzas, y este engaño
nos deslumbró y atrajo a nuestra ruina.
Pero en fin, ya desde hoy son conocidos
nuestro poder y el suyo; y si sería
locura provocarle a nueva guerra,
fuera infamia evitarla, provocados,
porque de nuestro ser la mejor parte
no está vencida aún. El alto ingenio
nos queda para obrar por escondidos
fraudes aquello do el poder no alcanza.
Esto a lo menos hallará en nosotros,
que no vence del todo a su contrario

quien sólo en fuerza le aventaja y vence.
Ya sabéis que criarse nuevos mundos
pueden en el vacío, y que el muy Alto,
según la tradición que dende antiguo
corría por el cielo, proyectaba
formar para estos tiempos uno, donde
plantase cierta gente venturosa,
caro objeto de todas sus delicias,
e igual en dicha a sus celestes hijos.
Probemos, pues, y a él o a otro hagamos
nuestra primer salida; que no siempre
han de vivir en esta sima hundidos
los hijos de la luz, ni por más tiempo
cubiertos de las sombras baratrales.
Pero esto debe consultarse agora
con maduro consejo, pues perdida
la esperanza de paz, ¿quién hay que opine
por la vil sumisión? Guerra, pues, guerra,
abierta o oculta, resolver debemos».

Dijo; y luego aprobando su discurso
millones de querúbicas espadas,
por el aire vibradas, relumbraron,
iluminando en torno el ancho infierno,
y todos ensañados contra el trono
del muy Alto, con armas resonantes
dieron en los broqueles reciamente;
tanto, que el fiero son de insulto y guerra
llegó a la alta techumbre del Empíreo.

Estaba cerca un monte, cuya horrible
cima lanzaba fuego y denso humo,
cubierto en lo demás de una lustrosa
costra, señal del oro que encubrían,
impregnadas de azufre, sus entrañas.
Allá voló prontísima una inmensa
brigada de guerreros, como suelen
ante un real campamento, bien armados
de picos y de sables, correr listos
los piquetes de bravos gastadores
a alzar una trinchera o parapeto.

Guiábalos Mammón; Mammón, de cuantos
espíritus cayeron del Empíreo
espíritu el más vil, pues en el mismo
cielo siempre sus ojos y deseos

fijos del rico pavimento al oro,
pisado allí de todos, le admiraba
sobre la clara y refulgente gloria
que inundaba de Dios el trono santo.
De él primero aprendieron los mortales
a robar de la tierra el centro oscuro;
de la tierra, su madre, y con impías
manos dilacerando sus entrañas,
a sacar los tesoros que piadosas
escondían. Al punto sus soldados
abren en medio el monte una ancha boca,
y grandes peñas de metal brillante
sacan. Nadie se admire si el infierno
engendra tal riqueza, que es muy digno
este precioso mal de aquel terreno.
Vosotros, que ensalzáis los mundanales
bienes, y con asombro andáis loando
las obras que erigieron los monarcas
de Babilonia y Menfi a tanta costa,
ved aquí sus famosos monumentos,
milagros de arte y fuerza, traspasados
por espirtus malditos, que en un hora
acaban lo que apenas en un siglo
logró el continuo afán de tantas manos.

En el próximo llano, en muchas fraguas
que el lago ardiente por ocultas venas
del derretido fuego bastecía,
el macizo metal con arte extraño
fundía otra cuadrilla, y le afinaba.
Y otra que ya en la tierra varios moldes
había formado, por ocultas vías
llena sus huecos del metal herviente,
bien cual suele en los órganos un soplo
henchir toda la máquina, infundido
el aire a un tiempo por diversos tubos.

Al punto sale de la tierra, pronto
como una exhalación, un ancho templo,
al son de melodiosas sinfonías
de instrumentos y voces, todo en torno
cercado de pilastras, y en robustas
columnas de orden dórico apoyado,
que el dorado arquitrabe sostenían.
Ni friso ni cornisa allí faltaban
de exquisitos relieves, y era de oro

ricamente labrado el alto techo.
Las grandezas de Menfi y Babilonia
en su más alta gloria no igualaron
a éstas, ni los templos de sus dioses,
Belo y Serapis, ni el dorado asiento
de sus reyes, entonces, cuando Asiria
y Egipto en fausto y pompa compitieran.
Subió la excelsa mole, y se mantuvo
sobre su mismo peso. De repente
se abren las bronceas puertas, y descubren
de lo interior el ámbito espacioso
y el liso y bien labrado pavimento.
Sendas filas de lámparas pendían,
y de ardientes faroles, de la arqueada
bóveda, que alumbraban por encanto,
de asfalto y pingüe nafta bastecidos,
y daban clara luz cual la del cielo.

Entra la muchedumbre presurosa
y admirada; la obra alaban unos,
y otros del diestro artífice el ingenio,
cuya mano de antiguo conocida
fuera en el cielo, por las altas torres
que allá labrara, asiento y residencia
de los excelsos tronos; a quien tanto
ensalzó el Rey supremo, que les diera
el cargo de reglar en varias clases
las brillantes etéreas jerarquías.
Ni de la antigua Grecia fue ignorado
su nombre, ni del Lacio, do le dieron,
so el de Mulcíber, culto los ausonios.
Y como dende el cielo había caído,
fingiéronle arrojado de las altas
almenas cristalinas por la furia
de Júpiter airado, y que rodando
rápido por el aire, desde el alba
al mediodía, y desde el mediodía
hasta la húmida tarde, todo el curso
de un día de verano al esconderse
el sol, mal una estrella desgajada
dende el alto cenit, cayera en Lemnos,
isla del mar Egeo. Así lo cuentan
ilusos; mas mucho antes con los otros
rebeldes derribado hubiera sido;
que ni las altas torres en el cielo
alzadas le valieran, ni salvarle

las máquinas pudieron de que fuese
con su diestra cuadrilla despeñado
y enviado a edificar en el infierno.

Entretanto, por orden del gran Jefe,
los alados heraldos, con terrible
aparato y al son de las trompetas,
todo el tartáreo ejército convocan
a un general consejo, que juntarse
debía en Pandemón, insigne corte
de Satán y sus pares. Los más dignos
fueron allí llamados desde el frente
de sus tercios, según de cada uno
el mérito y lugar. Al punto todos
vienen en tropa, todos escoltados
de varia y numerosa comitiva.
Todas las avenidas con la inmensa
confluencia, las puertas y anchos atrios
se hinchen, y más el gran salón (aunque era
cual un campo espacioso, do guarnidos
de reluciente acero y bien montados
suelen tornear los bravos campeones,
y a vista del Soldán, al más cumplido
paladín, a batirse cuerpo a cuerpo
provocan, o a justar con lanza en ristre),
como un inmenso enjambre los espirtus
cubren el suelo, y al través del aire
sacuden sesgos las silbantes alas.
Así en la primavera, cuando monta
el sol ardiente en el bicorne signo,
sacan su prole numerosa en torno
de los melifluos corchos las abejas,
y ellas entre las flores, de süave
rocío humedecidas, susurrando,
vuelan, girando acá y allá ligeras,
o por la lisa tabla y odorosa,
ancho arrabal de su ciudad pajiza,
se solazan paseando, y los negocios
tratan de su gobierno; tan espesa
la aérea muchedumbre se estrechaba.

Mas dada la señal ¡portento extraño!,
los que mucho en tamaño a los terrígenas
gigantes excedieran, reducidos
a más breve estatura, ya parecen
enanos. Más espesos e incontables

que la pigmea gente colocada
allende el monte indiano, o que los duendes,
cuyos nocturnos juegos a la orilla
de un solitario bosque o fuente clara
mira tal vez, o sueña que los mira,
un rústico extraviado en su camino,
mientras la luna, presidiendo en alto,
se descubre, y más cerca de la tierra
lanza su tibia luz, en tanto hierve
la bulliciosa danza, y la festiva
música encanta el alma y el oído
del rústico, medroso y solazado;
de esta arte los espíritus encogen
su talla gigantea, a breve forma
reduciéndola, y bien que innumerables,
quedaron a su holgura en la gran sala
del infernal palacio. Más adentro,
y en su propia estatura, retirados,
formaban su sesión los serafines
y querubines, grandes y señores
de la tartárea corte, y en doradas
sillas, de gloria y majestad cubiertos,
más de mil semidioses se sentaban.
Puesto silencio, y la convocatoria
leída en alta voz, la junta empieza.

FABULAS

1

La encina y la caña

(Fábula de Lafontaine)

Dijo un día la encina,
hablando con la caña:
Con sobrada razón, oh pobrecita,
te pudieras quejar de la fortuna.
Cualquiera pajarito
es para ti una carga muy pesada,
y el soplo más ligero,
que puede apenas encrespar la tersa
superficie del agua,
te obliga a dar de hocicos en el polvo.

Al contrario, mi copa,
cual eminente Caúcaso elevada,
del sol se opone a los ardientes rayos,
e insulta y desafía
al ímpetu ruidoso de los vientos.
Al menos si te hubieses
criado aquí al abrigo de los ramos
con que cubro este monte,
vivieras más segura,
guarecida por mí de las tormentas;
pero tú, desdichada,
creces sobre esa descubierta playa,
a ser débil juguete de los cierzos.
Por cierto que contigo
anduvo bien crüel naturaleza.
Amiga, yo agradezco
tu compasión, le respondió la caña;
mas no tengas cuidado,
pues yo, doblando el cuello a los embates
del viento, más segura
estoy que tú, por más que hayas altiva
resistido hasta ahora. Vamos viendo.

Mientras la caña hablaba,
del opuesto horizonte
un recio vendaval se precipita
con furia tempestuosa.
Al punto se encorvó la débil caña,
mas la robusta encina
resiste a los embates,
hasta que al fin, doblando sus esfuerzos
el viento asolador, descuaja y troncha
al árbol que escondía
su alta copa en las nubes
y su raíz en el profundo abismo.

2

Los dos mulos

(Fábula de Lafontaine)

Iban dos mulos caminando un día
cargado uno de yeso
y otro de un gran tesoro para el fisco.

Iba éste tan ufano con el peso
de su opulenta carga,
que no la soltaría por un reino.
Marchaba mesurado
con grave paso y levantado el cuello,
tocando su cencerro,
cuando hétele que sale
de pronto una cuadrilla de bandidos,
que, hambrientos de dinero,
sobre el ufano conductor se arrojan,
le rodean, le agarran por el freno,
le oprimen y detienen.
Pretende resistirlo,
pero sintiendo al punto
de todas partes sobre sí mil palos:
¿En esto, dijo sollozando, en esto
han venido a parar mis esperanzas?
Este otro que me sigue,
me sigue sin peligro;
yo caigo en él, y de él salir no fío.
No siempre provechosos
los grandes cargos son, amigo mío,
le dijo el camarada,
y ahora en tal apuro no te vieras
si, a ejemplo mío, hubieses

CANTILENA

A don Ramón de Posada y Soto, Fiscal de la Audiencia de Méjico, con motivo de unos versos escritos por una señora americana

¿De cuándo acá las musas,
que sólo a los mozuelos
sus gracias repartían
antes de ahora, hicieron
tan súbita alianza
con otras de su sexo?
Injustas y envidiosas
jamás en otro tiempo
a las graciosas ninfas
fiaban sus misterios.
Del Pindo a la eminencia,
do su dorado asiento
tienen las orgullosas,

vecino al alto cielo,
las delicadas plantas
nunca subir pudieron,
ni de ellas ser solía
hollado aquel sendero,
que plantas más robustas
condujo en otros tiempos
al templo de la gloria,
o ya al del escarmiento.

Mas de la americana
Safo los dulces versos,
de los pasados siglos
desmienten el ejemplo,
¡Qué aguda, qué ingeniosa
se ostenta, cuando amenos
acuden a su pluma
el chiste y el gracejo!
Pero ¿de dónde, dime,
Ramón, su dulce ingenio
tomó la melodía,
la exactitud del metro,
el número armonioso,
los agudos conceptos,
la gracia y la dulzura
que hierven en sus versos?
¿El rubio y claro Apolo
fue acaso su maestro?
¿Acaso de las musas
los virginales pechos
tocó algún día? ¿Acaso
crióse en el Permeso?
Safo a Faón quería,
y Amor la inspiró versos.
¿Debió tal vez Leonarda
a Amor su magisterio?
¡Ah, cuántos envidiosos
tendrá tu entendimiento,
discreta Safo! ¡A cuántos
inflamarán sus celos!
¡Dichoso el que alcanzare
con bien tañido plectro,
loar condignamente
tan peregrino ingenio!
¡Y mucho más dichoso
quien logre ser tu empleo!

EPIGRAMAS

I

A un amigo

Pregúntame un amigo
cómo se habrá de hoy más con las mujeres;
y yo a secas le digo
que, bien que en esto hay varios pareceres,
ninguno que llegare a conocellas,
podrá vivir con ellas, ni sin ellas.

II

A una de las que en Madrid llaman cojas

¿Por qué te llaman coja, Dorotea?
¿Quién hay que tu figura
inhiesta y firme al caminar no vea?
Pues ¿a qué tal censura?
¿Es porque suele tu virtud acaso
tropezar y caer a cada paso?

III

A la misma

Los malignos fisgones
que el apodo de coja te pusieron
son, Dorotea, bravos picarones.
Si acaso conocieron
que a tus ojos la luz del bien no llega,
¿no era mejor que te llamasen ciega?

IV

A un mal ahogado

Se quejan mis clientes

de que pierden sus pleitos, pero en vano.
¿A mí qué se me da, si siempre gano?

V

A otro que gritaba mucho

Ni me fundo en las leyes
que los sabios de Roma publicaron,
ni en las que nuestros reyes
para esplendor de su nación dejaron;
mas tengo en los pulmones
todo el vigor que falta a mis razones.

VI

A un predicador

Dijiste contra el peinado
mil cosas, enardecido,
contra las de ancho vestido
y las de estrecho calzado.
Por eso alguno ha notado
tu sermón de muy severo;
yo que no se engaña infiero
de que, olvidando tu oficio,
sola la virtud y el vicio
te dejaste en el tintero.

HIMNO A LA LUNA

(En versos sáficos)

Astro segundo de la ardiente esfera,
que en el espacio de la noche fría
suples la ausencia del radiante hermano,
fúlgida luna;

tú, que, la sombra disipando, sacas
plantas y flores del funesto caos,
volviendo al suelo, con tu luz dorada,
vida y colores;

tú, que del carro rutilante envías
al triste mundo pálidos reflejos,
mientras en dulce sueño sus fatigas
olvida el hombre;

tú, que brillando con fulgor sereno,
guías piadosa el vacilante paso
del peregrino, que la ignota senda
pisa medroso;

ya que de la alta región celeste
bajas tranquila el silencioso carro
hasta la cima do el pastor latmeo
yace dormido,

y allí, del bello Endimión cautiva,
y de la augusta majestad cansada,
le honras con dulces ósculos, del triste
nunca sentidos:

sé una vez sola generosa y pía
con dos amantes que tu gracia imploran;
sélo contigo, y las doradas luces
tímida oculta.

Así, sin mengua del real decoro,
podrás llegar al barragán tesalio,
podrás gozarle sola, y a despecho
de cielo y tierra.

Y en tanto, a espaldas de la sombra oscura,
libre de susto y turbación, Fileno
morir de amores en los dulces brazos
podrá de Clori.

Si esto te deben dos amantes almas,
en la coyunda del amor unidas,
siempre a tu numen quemarán devotas
nocturno incienso;

siempre a tu numen cantarán unidas
himnos de culto y gratitud sonoros,
ora en el lleno de tu luz te adoren,
ora en menguante.

SÁTIRAS

1.

Contra las corridas de toros

¿Comedias? Ni por pienso. Esta es la escuela
en que la incauta juventud aprende
el arte del amor, arte funesto,
origen de los males que desolan
al Universo todo. Las comedias
corrompen y envenenan las costumbres.
Son la peste del mundo. Los autores,
los sabios catedráticos lo dicen.

¿Y toros? Eso sí, vaya en buen hora
con algazara el pueblo a pelotones
a gozar el placer, digno sin duda
de los héroes de Roma, a cuya vista
la humanidad temblaba, y que en el circo
del gladiator la sangre derramada
era grato espectáculo a sus ojos.
Brame rabiando el bruto jarameño,
ensangrentada la cerviz, que arrastra
el duro arado, gaje el más precioso
de los dones de Ceres y Pomona,
y sea, en fin, trofeo de la espada
del diestro matador. ¿A quién se ofende?
Criada para el hombre aquella fiera,
si, pereciendo entre tormentos, sirve
a su recreo, nada importa, paga
a su señor el feudo que le debe.
¿Y qué importa tampoco que furioso,
por el suelo arrastrando las entrañas,
corra de una a otra parte el ancho circo
y entre dolores dé el postrer aliento,
el brioso alazán, hijo del Betis,
del hombre compañero y de la patria
glorioso defensor en muchas lides?
Él no es más que una bestia, y si su dueño
de ella usar quiere así, no hace otra cosa
que usar de su caudal o de su plata.
Pero, ¿el hombre? El hombre ¿en qué peligrá?
Corre tal vez despavorido, huyendo

una cercana muerte. Mas se salva.
Vuelve al circo, repítela escena,
y ya de polvo y de sudor cubierto,
busca en sus fuerzas casi desmayadas
a su vida un asilo mal seguro.
Tropieza aquí, y el miedo le sostiene.
Cae después, se desconcierta un miembro,
la fiera le acomete; pero escapa,
aunque contuso o herido, y en su rostro
retratada la imagen de la muerte.
Pero, ¿qué importa eso? Este es su oficio,
el lidiador así gana su vida.
En todo hay riesgo; como no perezca,
nada hay perdido, todo es inocente.

Pero, ¿perece alguno? ¿Y quién perece?
¿Uno entre ciento...? Nimiedad, pobreza
de espíritu; entre ciento uno tan solo
no merece la pena de contarse.

He aquí el lenguaje del doctor Toribio.
En el siglo dieciocho así se piensa:
se proscribe el amor y se defiende
un odio eterno de la especie humana.
La escena se detesta, en que sensible
el hombre a los encantos lisonjeros
de la belleza, endulza las costumbres,
que en las selvas contrajo de la Gocia,
y en que si el vicio infame se presenta
con todo su atractivo y sus ornatos,
la sólida virtud que por fin triunfa
su faz horrible y su fealdad descubre.

Pero, el circo..., en el circo se tolera,
y aun más se califica de inocente,
y el pueblo, almas feroces, se atropella
al funesto espectáculo, en que ¡oh siglo!
el hombre se degrada hasta el extremo
de ser juguete y presa de los brutos.
Clama, clama por fieras, y desdeña
a sus Sénecas, Plautos y Terencios.

Así, mísera Iberia, así retratas
a Roma en su barbarie, así desmientes
el siglo de las luces, y eternizas
el padrón horroroso de tu infamia.

II

Contra la tiranía de los maridos

¿A dó, puñal en mano, furibundo
corres, Arnesto? Dime, ¿a dó la rabia
te precipita? Pálido el semblante,
espumosas salivas arrojando,
¿a dó asestas tus iras? ¿Por ventura
el blanco es de tu rencor tu esposa,
tu mísera cuitada compañera?
Detente, Arnesto; mírala, repara:
se aflige, llora, tiembla, y de rodillas
implora tu clemencia. Y qué, ¿ni aun esto,
cruel e inexorable, te desarma?
No, no burlará impune mis preceptos,
dices, maguer injustos o insensatos;
sus leyes son y obedecerlas debe.
Y ¿quién te ha dado, bárbaro, ese imperio
que tan altivo ostentas? ¿Quién? ¿Natura,
alma Natura? No, sus sacras leyes
no distinguen de sexos; por do quiera
su amada hechura el hombre es el objeto.
Y ¿no es tu semejante, Arnesto, Elisa?
A par de tu ambición vano remonta
de su alto ser los nobles privilegios,
todos ellos herencia de Natura,
contigo Elisa en igualdad divide.
Diote, es verdad, a ti apartadamente
la común madre robustez y fuerza.
¿Qué importa, Arnesto? ¿El justo poderío
fúndase acaso en nervios y tendones?
Alegas el valor: Lucrecia y Clelia
te lo disputan, cuando heroicamente
la muerte desafían, y tú acaso
no miras sin temblar su aspecto horrendo.
Fuerza, noble ardimiento, bizarría,
hete los caracteres con que sabia
te señaló Natura tu destino.
Dijo en ellos: trabaja asaz, defiende
de ataque injusto tu progenie cara,
tu dulce compañía, tus hogares.
Pero tú en estos mismos, insensato,
hallar pretendes títulos de imperio.

¡De imperio...! De absoluto señorío.
Hizo el hombre servir de luengos siglos
a su loca ambición sus nobles prendas,
subyugó al sexo débil, degradingo,
y, haciéndole su esclavo, su belleza,
su preciada belleza, sus encantos,
el premio del sudor y la fatiga,
diéronse a la violencia, y aun su vida
fue un gratuito don de su tirano.
Hizo más: autorizó en sus leyes
su usurpación; el galo y el asirio
en sus códigos mismos imprimieron
al sexo ya abatido el sello torpe
de su esclavitud mísera e infame.
¿Son éstos, di, tus títulos, la dura,
maguer que envejecida tiranía,
de tus injustos bárbaros abuelos?
¿Legitimola el tiempo? ¡Ah! ¿el tiempo puede
oscurecer los fueros que Natura
concede a cada cual de los mortales?
No son, no, de Licurgo esas lecciones,
ni tolerarlas la razón pudiera,
ese inmutable oráculo sagrado
de las edades todas y los climas.

Unióte a Elisa amor, y de himeneo
en las sagradas aras la hizo tuya,
en fe de tus promesas. ¡Cuánto, cuánto
te gozaste en tu triunfo! ¡Cuánto, Arnesto,
tan lisonjera unión colmó tus dichas!
Ni el ansiado laurel, ni las riquezas,
en pos de quienes afanoso un día
surcaste el bravo mar lleno de escollos,
pudieron arrancarte de los brazos
de tu cara dulcísima consorte.
Tal era Elisa entonces. Y ¿qué causa
su suerte rebajar pudo al extremo
de hacerla esclava de su igual? ¿Quién pudo
hacerte su señor? Suertes iguales
os dio el sagrado lazo, a un mismo yugo
os sujetó a los dos una coyunda,
dulce coyunda, que formado había
amor, que distinciones no consiente,
ni hace paces jamás con el respeto.
Timbres, fortunas, aras, todo, todo
con su esposa partió el feroz romano,

llamola su señora el lacón rudo,
y ¿eres tú tan injusto, Arnesto, eres
tan bárbaro y crüel con la que viera
el Tíber adorada y el Eurotas?
¡La desprecias, la humillas, la maltratas!
¡Insensato.... a la madre de tus hijos!
¡A la madre, oh baldón! ¿El alto empleo,
el título de honor que da Natura,
el título entre todos más augusto,
se vilipendia así? Si las promesas
que al pie del ara hicieras, invocando
al sacrosanto numen por testigo,
si amor, el tierno amor, que las dictara
y que encendiera las nupciales teas,
a guarecer a Elisa no bastaban
de tu fiereza y bárbaros ultrajes,
¿el fruto de su unión, el dulce fruto
de su fecundidad no basta, Arnesto?
¿No bastan, no, sus hijos? ¡Cuántos males
en esto les preparas! ¡Cuántos, cuántos
te preparas a ti y aun a tu patria!
Rompes el lazo del amor materno
y a Elisa expones al ludibrio infame
de los que el ser le deben. ¿Y quién puede
asegurarte a ti de su respeto?
¿Quién fiar de su amor y su obediencia
a las leyes podrá? Monstruos, Arnesto,
monstruos fomentas en tu hogar, que llenen
tus días de amargura y de tristeza,
monstruos que insulten de la santa Temis
el sacro templo, el ara y el ministro,
y venguen de este modo los ultrajes
que Elisa en vano tristemente llora.

He aquí el fruto fatal de la fiereza
del imprudente Arnesto, y de millares
de insociables y bárbaros esposos.
Huye de sus hogares la paz santa
y allí do amor y do amistad sencilla
antes moraran, como en triunfo entran
crueldad, odio, rencor, iras, venganzas.
Tiembla la triste esposa en la presencia
del sañudo tirano, que mil muertes
en su aspecto fulmina, clama, llora,
busca asilo en sus hijos, que mil veces,
ministros del rigor de su enemigo,

se burlan de su lloro y de su ruego.
¿Y puede esto sufrirse? Sacerdotes,
sacerdotes de Temis, a vosotros
os toca desterrar tamaño insulto
contra Natura y sus sagradas leyes.
Apartad de nosotros este oprobio,
resto de nuestras bárbaras costumbres,
y haced que se respeten mutuamente
los que una vez unió sacro himeneo.

PARÁFRASIS AL SALMO «JUDICA ME, DEUS»

Judica me, Deus, et discerne causam meam.

Y en esta violación de todas las leyes divinas y humanas, ¿no podré yo, Dios mío, volverme a ti, Autor de toda ley y fuente de toda justicia y elegirte por Juez de mi causa? Ven, pues, Señor, y júzgala; y pues que nada se esconde a tu infinita sabiduría, cuya penetración conoce y ve hasta los más ocultos escondrijos de los corazones; ven, Señor, y registra y escudriña, así el mío como el de mis perseguidores, y júzgalos, y juzga esta causa con aquella imparcialidad con que has prometido juzgar a las justicias de la tierra.

De gente non sancta, ab homine iniquo et doloso erue me

Pero entretanto, Señor, apiádate de mí, y no permitas que yo viva entre unas gentes que ni obedecen tu ley ni respetan tu santo nombre. Sácame de sus manos, adonde pueda yo adorarte y servirte en compañía de los que te reconocen y adoran; y sobre todo, sácame de las garras del hombre falso y malvado, que, sordo a la voz de la compasión y la humanidad, oye sólo la de mis perseguidores, para agravar noche y día la amargura de la situación en que me han puesto.

Quia tu es, Deus, fortitudo mea

Así lo harás, Señor, porque tú eres mi único apoyo. Tú lo eras aun cuando mi alma andaba extraviada de los senderos de la virtud. Entonces, aunque agobiada con el peso de tantas culpas como contra ti cometía, todavía acostumbraba a volverse a ti, y te miraba como a su Dios y misericordioso salvador. Tú lo eres ahora más que nunca: ahora, que solo y abandonado de toda la tierra, y cercado de horror y de tinieblas, me sostienes y me haces hallar consuelo y reposo en el seno de la tribulación.

Quare me repulisti, et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?

¡Pero, Dios mío! yo veo que cuanto más sufro, tanto más crece la saña de mis perseguidores. Mi angustia se prolonga más y más cada día; y no viendo término ni salida a tanto padecer, mi alma desfallece, y está cerca de rendirse y ceder al peso de su

tribulación. ¿Por qué, pues, Señor, me abandonas? ¿Por qué me has desechado y privado de tu santa protección? ¿Por qué permites que yo esté triste y abatido, cuando mis enemigos se ensañan y esfuerzan más y más en abatirme y afligirme?

Emitte lucem tuam, et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt, et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tebernacula tua.

¡Oh Dios mío! acude a mi socorro. Ven, y envía sobre mí aquella santa luz que me alumbró y fortificó desde el principio de mi tribulación. Haz que yo no la pierda jamás de mi vista, ni olvide aquellas santas verdades que me han sostenido en ella, haciéndome conocer que no hay otro mal en la tierra que el de ser desagradable a tus ojos, y que aquel a quien tú alumbras y a quien tú defiendes y proteges, no debe temblar, y nada tiene que temblar sobre ella. Esta luz y esta verdad son las que siempre me han conducido a ti. Tú sabes, Señor, que en medio de los errores y devaneos que me rodearon en mi juventud, y de la ciega docilidad con que los seguí en los senderos del placer y la disipación, ellas me guiaban continuamente hacia ti; me hacían acudir a tu santo templo a lavar mis culpas en las santas aguas de la penitencia, y acercarme, aunque indigno, a aquella mesa inefable, donde tu bondad divina distribuye el pan purísimo de los ángeles a los hombres frágiles y pecadores.

Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.

Ahora, pues, Señor, que mi alma está necesitada de este pan celestial para fortalecerse y unirse a ti, yo me acercaré, Dios mío, con más frecuencia a tu altar para recibir en él tan soberano alimento. ¡Oh Señor, y cuánta es tu bondad, pues que en medio de la tribulación me has dejado tan inefable consuelo! Tú no has permitido que mis enemigos me lo robasen. Ellos me han separado de la compañía de los hombres, porque sólo a los hombres temen...; pero no se han atrevido a privarme, Dios mío, de la tuya. Entrando en tu Santuario, allí te adoraré como a Dios de bondad y justicia; allí imploraré tu misericordia, y te pediré arrepentido y humillado el perdón de mis culpas; allí desnudaré el hombre viejo, afeado con las manchas del vicio; y adornado con las vestiduras de tu santa gracia, allí ¡oh mi Dios! rejuveneceré, y alegre y tranquilo emplearé el resto de mis días en bendecirte y adorarte.

Confitebor tibi in cithara, Deus, Deus meus; quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me?

Entonces, ¡oh Dios bueno! cantando tus misericordias, entonaré día y noche tus alabanzas, y en frecuentes himnos de gratitud y adoración, ensalzaré tu nombre santísimo, y recordaré tantos y tan grandes beneficios como he recibido de tu mano. ¡Oh alma mía!, he aquí la dicha que no pueden robarte los hombres. ¿Por qué, pues, te entristecen sus persecuciones? ¿Por qué te turba y aflige la cólera que desahogan sobre ti, cuando sabes que Dios es tu salvador, y que contra los que cubre el manto de su divina protección nada pueden los grandes y poderosos de la tierra?

Spera in Deo, quoniam adhuc confitebor illi, salutare vultus mei, et Deus meus.

Espera, pues, alma mía, y confía en tu Dios, que se dolerá de tu aflicción, y te librerá de las garras de tus enemigos. Espera en tu Dios, que él te dará tiempo para que reconozcas y experimentes sus misericordias, y para que le confieses, y adores su santo nombre; y restituyendo a tu corazón la paz, y la alegría a tu semblante, creas que él será siempre para ti, como hasta ahora fue, tu Dios bueno y misericordioso.

CANTO GUERRERO PARA LOS ASTURIANOS

A las armas, valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor,
que otra vez el tirano de Europa
el solar de Pelayo insultó.
Ved cuán fieros sus viles esclavos
se adelantan del Sella al Nalón,
y otra vez sus pendones tremolan
sobre Torres, Naranco y Gozón.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Cuando altiva al dominio del mundo
la señora del Tibre aspiró,
y la España en dos siglos de lucha
puso freno a su loca ambición,
ante Asturias sus águilas sólo
detuvieron el vuelo feroz,
y el feliz Octaviano a su vista
desmayado y enfermo tembló.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Cuando suevos, alanos y godos
inundaban el suelo español;
cuando atónita España rendía
la cerviz a su yugo feroz;
cuando audaz Leovigildo, y triunfante,
de Toledo corría a León;
vuestros padres, alzados en Arbas,

refrenaron su insano furor.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Desde el Lete hasta el Piles Tarique
con sus lunas triunfando llegó,
y con robos, incendios y muertes
las Españas llenó de terror;
pero opuso Pelayo a su furia
el antiguo asturiano valor,
y sus huestes el cielo indignado,
desplomando el Auseva, oprimió.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

En Asturias Pelayo alzó el trono,
que Ildefonso afirmó vencedor;
la victoria ensanchó sus confines,
la victoria su fama extendió.
Trece reyes su imperio rigieron,
héroes mil realzaron su honor,
y engendraron los héroes que altivos
dieron gloria a Castilla y León.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Y hoy, que viene un villano enemigo
libertad a robaros y honor,
¿en olvido pondréis tantas glorias?,
¿sufiréis tan indigno baldón?
Menos fuerte que el fuerte romano,
más que el godo y el árabe atroz,
¿sufiréis que esclavice la patria,
que el valor de Pelayo libró?

Corred, corred briosos
corred a la victoria,

y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

No creáis invencibles ni bravos
en la lid a esos bárbaros, no;
sólo en artes malignas son fuertes,
sólo fuertes en dolo y traición.
Si en Bailén de sus águilas vieron
humillado el mentido esplendor,
de Valencia escaparon medrosos,
Zaragoza su fama infamó.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Alcañiz arrastró sus banderas,
el Alberche su sangre bebió,
ante el Tormes cayeron batidos,
y Aranjuez los llenó de pavor.
Fue la heroica Gerona su oprobio,
Llobregat reprimió su furor,
y las ondas y muros de Gades
su sepulcro serán y baldón.

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Y vosotros de Lena y Miranda
¿no los visteis huir con terror?
¿Y no visteis que en Grado y Doriga
su vil sangre los campos regó?
Pues ¿quién hoy vuestra furia detiene?
Pues ¿quién pudo apagar vuestro ardor?
Los que ayer eran flacos, cobardes,
¿serán fuertes, serán bravos hoy?

Corred, corred briosos
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

Cuando os pide el amor sacrificios,

cuando os pide venganza el honor,
¿cómo no arde la ira en los pechos?
¿Quién los brazos nerviosos ató?
A las armas, valientes astures,
empuñadlas con nuevo vigor,
que otra vez con sus huestes el Corso
el solar de Pelayo manchó.

Corred, corred briosos,
corred a la victoria,
y a nueva eterna gloria
subid vuestro valor.

ELEGÍA

A la ausencia de Marina

Corred sin tasa de los ojos míos
¡oh lágrimas amargas!, corred libres
de estos míseros ojos, que ya nunca,
como en los días de contento y gloria,
recrearán las gracias de Marina.
Corred sin tasa de los ojos míos
regando el pecho dolorido y triste,
corred hasta inundar la yerta tierra
que antes Marina honraba con su planta.
¡Ay! ¿Dó te lleva tu maligna estrella,
infeliz hermosura? ¿Dónde el hado,
conmigo ahora adverso y riguroso,
quiere esconder la luz de tu belleza?
¿Quién te separa de los dulces brazos
de tu Anselmo, Marina desdichada?
¿Quién, de amargura y palidez cubierto
el rostro celestial, suelto y sin orden
el hermoso cabello, triste, sola,
y a mortales congojas entregada
de mi lado te aleja y de mi vista?
Terrible ausencia, imagen de la muerte,
tósigo del amor, fiero cuchillo
de las tiernas alianzas, ¿quién, oh cruda,
entre dos almas que el amor unía
con vínculos eternos, te interpuso?
¿Y podrá Anselmo, el sin ventura Anselmo,
en cuyo blando corazón apenas

caber la dicha y el placer podían,
podrá sobrevivir al golpe acervo
con que crüel tu brazo le atormenta?
¡Ah! ¡Si pudiera en este aciago instante,
sobre las alas del amor llevado,
alcanzarte, Marina, en el camino!
¡Ay! ¡Si le fuera dado acompañarte
por los áridos campos de la Mancha,
siguiendo el coche en su veloz carrera!
¡Con cuánto gusto al mayoral unido
fuera desde el pescante con mi diestra
las corredoras mulas aguijando!
¡O bien, tomando el traje y el oficio
de su zagal, las plantas presuroso
moviera sin cesar, aunque de llagas
mil veces el cansancio las cubriese!
¡Con cuánto gusto a ti de cuando en cuando
volviera el rostro de sudor cubierto,
y tan dulce fatiga te ofreciera!
¡Ah! ¡Cuán ansioso alguna vez llegara,
envuelto en polvo, hasta tu mismo lado,
y subiendo al estribo te pidiera
que con tu blanca mano mitigases
el ardor de mi frente, o con tus labios
dieses algún recreo a mis fatigas!